

RAZONES DEL CORAZÓN



Otoño, 2017

Querida Julia:

Soy Raúl. Nos hemos visto varias veces en la Asociación compartiendo las actividades psicomotrices de los últimos meses con su hija Ana. Le dirijo esta carta porque es usted mi última razón de amor. Señora, acabo de cumplir diecisiete años y me he enamorado de su hija. No se sorprenda, por favor, nosotros también podemos sentir y amar.

Yo nunca sabré lo que es ir corriendo cara al viento con los labios hinchados de besar, como quien se dispara en la boca. No podré bailar sin tocar el suelo, con el pelo incendiado de fugaces y las manos como alas. Nunca conoceré ese fuego de la pasión abriéndose paso desde el centro de mi alma hasta las entrañas de otro ser, porque mi cuerpo es un cofre cerrado por una llave invisible. Pero el amor no entiende de barreras y, un día, cuando alguien te mira, el latido se convierte en una soledad llamando, una nostalgia primitiva que abre la puerta de lo imposible. No se puede escapar del corazón.

La otra tarde, mientras usted hablaba con mi madre, nos dejaron en el jardín, ¿recuerda? Sonreímos, nos tocamos y hablamos torpemente. Le juro que lo noté, noté su

esencia, su energía mezclándose en nosotros. Su hija tenía esa mermelada en los ojos, esa cosa de fresa que tiene el amor cuando comienza. Usted se la llevó en su silla de ruedas y no se ha dado cuenta, pero ella siente lo mismo por mí.

Me resulta imposible seguir atrapado en este cuerpo torpe como si nada ocurriera. Cuando llueve pierdo la mirada en la ventana y la lluvia son mis ojos. Imagino a Ana pisando los charcos, libre, etérea. Ella me crece entre las manos, intento escribirle y empuño el lápiz; sólo puedo dibujar una silueta torcida a un lado del papel, y comienza su ausencia, una melancolía pequeña que me desespera.

Toda mi vida he tenido que guardar sueños en los bolsillos, pero este lo siento crecer dentro junto a una cierta cantidad de ternura y caricias sin usar. Mi madre me mira y comprende. Me abraza y piensa que ojalá tuviera todas las palabras, toda la fuerza que me falta para expresar la felicidad. Esas palabras existen, señora, y están en cada parte de mi ser. Por eso, ahora le dicto esta carta, con lágrimas, con gestos, con ese lenguaje que sólo ella y yo comprendemos. Sus manos, desgastadas de cuidarme, la escriben por mí, en estas líneas que usted sabrá traducir con el mismo cariño para explicárselo todo a su hija.

Le pido que se apunte a este milagro, a coser instantes a la tela que podemos tejer juntos. Deje que nos contagiemos de palomas y de nubes, como si todo estuviese aún por llegar. Mi madre y yo cargaremos en mi silla de ruedas a este hombre enamorado que soy, e iremos al parque, a esperarlas a usted y a su hija; a leer las cartas de amor esparcidas por el otoño; esas cartas que los árboles escriben cada primavera.

Por favor, le ruego que ayude a que esta terrible enfermedad que nos paraliza el cuerpo, no nos paralice también el corazón.

Un abrazo afectuoso.

Raúl y su madre, María.